Dra. Ma. Luisa Rivera García
Facebook: Dra. Ma. Luisa Rivera
Corrreo electrónico: marialuisarg0505@gmail.com

INFANCIAS HERIDAS

Llegamos a la vida como hojas en blanco. Cada uno con características propias; temperamento, rasgos, tono de piel, tipo de cabello, predisposición o no a la salud. Cada uno con nuestra propia y singular carga genética. Heredada de nuestros padres y a través de ellos de hasta siete generaciones atrás. Una mezcla irrepetible, aún si comparto con un hermano gemelo algunas o muchas características, nunca seremos iguales. Podré parecerme al padre o a la madre o a ambos; al abuelo o a la bisa, pero será siempre eso, solo un parecido.

Con estas características propias arribo a la vida a través de una mujer, mi madre, la persona que desde siempre (aún antes de que mi yo fuera un yo) tuvo un poder absoluto sobre mí, incluso el poder de decidir si nacía o no.

Desde ahí, desde entonces y por el estado de indefensión en el que arribamos, quedamos a su merced. De ahí su inmensa posibilidad de influencia sobre nosotros. A través de ella, de su mirada, nos vamos posicionando en el mundo, nos vamos moldeando, afirmando; ese ser en ciernes que somos se irá definiendo, se irá construyendo, irá deviniendo. Se irá acercando al padre, a la familia que lo acompañará o no, en su desarrollo, a los maestros, a los amigos y a la cultura en la que finalmente seremos inscritos. O sea, esa “hoja en blanco” irá tomando forma a partir de esa mirada materna.

Visto así y considerando la vulnerabilidad en que arribamos, ¿Sería posible crecer sin heridas? ¿Sin haber sido lastimados? Hay un ser que me introduce al mundo, pero es un ser con sus propias heridas, con sus propios conceptos y posibilidades de amar. Con su propia circunstancia, que me presenta al mundo como ella lo ve, desde donde ella lo vive y con quien lo vive. Y si en el

Dra. Ma. Luisa Rivera García
Facebook: Dra. Ma. Luisa Rivera
Corrreo electrónico: marialuisarg0505@gmail.com

mejor de los casos, me introduce al padre y si ese padre está presente, él también me mostrará su propia concepción del entorno que nos rodea y desde luego tendrá sus heridas, sus posibilidades o limitaciones. Podrá tomarme o no, que igual influirá de manera definitiva en mi vida, aún si nunca lo llegara a conocer. Y también irán influyendo en mi construcción, la familia ampliada, los amigos, la escuela, la iglesia, el estado con sus normas y sus exigencias que seguro conllevarán roces y frustraciones.

Aún si partimos de un ideal en donde tanto la madre y el padre fueran seres medianamente estables, rescilientes que hubieran crecido y aprendido de sus heridas; amorosos, que desearan el arribo del nuevo ser; que estuvieran para él, para atender sus necesidades, que supieran contenerlo y crecerlo, ¿sería posible crecer sin heridas? Pensemos en los pequeños Ucranianos, que nacieron en un país desarrollado y supongamos al verlos jugueteando traviesos, en las instalaciones antibombas, que devienen de ese tipo de padres amorosos y presentes. Aun así duele imaginar la dimensión de las heridas que su circunstancia social les dejará.

No, no creo ser pesimista si afirmo que no hay manera de crecer sin heridas, en donde esa “hoja en blanco” permanezca como tal: inocente, sonriente, dulce, llena de ternura* porque también tendrá demandas y necesidades físicas y emocionales que difícilmente serán atendidas en su totalidad, lo que ya va introduciendo frustraciones y dolor.

El tema es qué hacer con las heridas ¿las evado? ¿las omito? ¿las padezco? ¿las justifico? ¿las agrando? ¿me victimizo? ¿las lloro? ¿me lleno de resentimiento? ¿busco culpables? O como adultos las miramos, reconocemos, enfrentamos el dolor, la pérdida, el desengaño, la traición, el abuso, la crueldad, la soledad, la frustración o lo que fuere que dolió. Las heridas no se pueden evitar, lo que hago con ellas ***siendo adulto*** sí está en mis manos. Por difícil que pueda sonar, reconciliarnos con nuestra historia de

Dra. Ma. Luisa Rivera García
Facebook: Dra. Ma. Luisa Rivera
Corrreo electrónico: marialuisarg0505@gmail.com

vida, pasa por reconocer, por enfrentar los dolores que nos constituyen y ***resignificar*** su sentido. No olvidar, no evadir, no negar, ni perdonar, ***reconciliar*.**

*Hay quien explica esta adorable imagen que los cachorros tienen como una forma de sobrevivencia y tal vez los sentimientos que nos despierten tengan que ver con mirarnos en ellos.